

Jorge Acevedo

## NOTAS ACERCA DE LA VIDA HUMANA

El esclarecimiento de cualquier realidad, en la perspectiva de Ortega, exige referirse, en primer lugar, a la vida humana. Nuestra finalidad es indicar hacia algunos de sus lados o dimensiones, sin otra pretensión que la de ir preparando el planteamiento de los 'problemas que pudieren afectarnos', desde el punto de vista del raciovitalismo.

### 1. LA VIDA HUMANA COMO REALIDAD RADICAL

a) En varios lugares de su obra se refiere Ortega a este atributo de la vida. Por ejemplo, al comienzo de *Historia como sistema*: »La vida humana es una realidad extraña, de la cual lo primero que conviene decir es que es la realidad radical, en el sentido de que a ella tenemos que referir todas las demás, ya que las demás realidades, efectivas o presuntas, tienen de uno u otro modo que aparecer en ella«<sup>1</sup>.

La vida humana es la realidad radical en cuanto ámbito en el que necesariamente tiene que aparecer cualquier otra realidad para constituirse como tal.

Antes de entrar a precisar la consistencia de esta dimensión de la vida, se requiere tener ante la vista lo siguiente: »Siempre que digo 'vida humana', sea lo que fuere, a no ser que haga yo alguna especial salvedad, ha de evitarse pensar en la vida de otro, y cada cual debe referirse a la suya propia y tratar de hacerse ésta presente. Vida humana como realidad radical es sólo la de cada cual, es sólo *mi vida*. Para comodidades de lenguaje la llamaré a veces 'nuestra vida', pero ha de entenderse siempre que con esta expresión me refiero a la de cada cual y no a la de los otros ni a una supuesta vida plural y común«<sup>2</sup>.

b) Siendo la realidad radical *mi vida* y sólo ella, ¿qué pasa con la de los demás? La respuesta que da Ortega a esta pregunta hace aparecer un segundo lado de la radicalidad de la vida humana, de *mi vida*. Citemos el texto pertinente: »Lo que llamamos 'vida de los otros', la del amigo, la de la amada, es ya algo que aparece en el escenario que es *mi vida*, la de cada cual, y, por tanto, supone ésta [...] Si al otro le duelen las muelas me es patente su fisonomía, la figura de

<sup>1</sup>Obras Completas. Ed. Revista de Occidente. Madrid. Tomo vi. Página 13. Véase, también, »En torno a Galileo«, O.C.V. 30, etc.

<sup>2</sup>»El hombre y la gente«, o.c. vii, 99, 100.

sus músculos contraídos, el espectáculo, en suma, de alguien aquejado por el dolor, pero su dolor de muelas no me duele a mí y, por tanto, lo que de él tengo no se parece nada a lo que tengo cuando me duelen a mí. [...] El dolor ajeno no es realidad radical, sino que es realidad en un sentido ya secundario, derivativo y problemático. Lo que de él tenemos con radical realidad es sólo su aspecto, su apariencia, su espectáculo, sus señales. Esto es lo único que de él nos es, en efecto, patente e incuestionable. Pero la relación entre una señal y lo señalado, entre una apariencia y lo que en ésta aparece o lo que aparenta, entre un aspecto y la cosa manifiesta o aspectada en él es siempre últimamente cuestionable y equívoca. Hay quien nos finge perfectamente toda la *mise en scène* del dolor de muelas sin padecerlo, para justificar fines privados. Ya veremos cómo, en cambio, la vida de cada cual no tolera ficciones, porque al fingirnos algo a nosotros mismos, sabemos, claro está, que fingimos y nuestra íntima ficción no logra nunca constituirse plenamente, sino que en el fondo notamos su inautenticidad, no conseguimos engañarnos del todo y le vemos la trampa. Esta genuinidad inexorable y a sí misma evidente, indubitable, incuestionable de nuestra vida, repito, la de cada cual, es la primera razón que me hace denominarla 'realidad radical'<sup>3</sup>.

Tenemos, por tanto: 1. La 'vida de los demás' tiene un carácter secundario respecto de mi vida, en cuanto enraíza o radica en la mía. 2. Esta realidad radicada en mi vida —la 'vida de los otros'— tiene, así como todas las restantes realidades radicadas, una dimensión de realidad radical: su aspecto, su apariencia, su espectáculo, sus señales en cuanto tales; es decir, lo que de ella me es patente e incuestionable. 3. Esto significa que las realidades radicadas constituyen, en la medida en que sean patentes e incuestionables, a la realidad radical, a mi vida. Así como las demás realidades refieren a mi vida en cuanto tienen, de uno u otro modo, que aparecer en ella, mi vida requiere de las realidades que en ella radican para ser lo que es, a saber: la realidad radical. 4. El segundo lado del carácter radical de la vida humana, de mi vida, estriba en su genuinidad inexorable y a sí misma evidente.

c) Una tercera dimensión de la radicalidad de la vida humana que fundado, más bien, se confunde con las dos anteriores consiste en »esa sorprendente *presencia* que su vida tiene para cada cual«; en otras palabras, consiste en que »vivir es, por lo pronto una revelación«, »el descubrimiento incesante que hacemos de nosotros mismos y del mundo en derredor«; en otros términos, aún, se trata de que la vida es evidencial, un ser transparente a sí mismo; vivir es saber y sentirse viviendo.

Sólo porque »vivir es vivirse, sentirse, saberse existiendo, donde saber no

<sup>3</sup> Ibid., 100.

implica conocimiento intelectual ni sabiduría especial ninguna, sino que es —como ya hemos indicado— esa sorprendente *presencia* que su vida tiene para cada cual<sup>4</sup>, sólo por ello, digo, mi vida, puede llegar a ser y »es por esencia el área o escenario ofrecido y abierto para que toda otra realidad en ella se manifieste«<sup>5</sup> (radicalidad de la vida en un primer sentido); por ello mismo, »la vida de cada cual no tolera ficciones«, poseyendo así, una »genuinidad inexorable y a sí misma evidente«<sup>6</sup> (radicalidad de la vida en un segundo sentido).

En suma, la presencia a sí revelación, descubrimiento, evidenciación, transparencia de la vida permite —o se confunde con ello— que ésta sea aquella »realidad en que se dan para nosotros todas las demás«<sup>7</sup>, y, que nunca consigamos engañarnos del todo, esto es, que la vida se caracterice por la ya mencionada genuinidad inexorable y a sí misma evidente.

Dilucidar más ampliamente lo que sea la vida como realidad radical nos obliga a referirnos a las realidades que en ella radican: la circunstancia y... yo.

## 2. YO SOY YO Y MI CIRCUNSTANCIA

a) En las *Meditaciones del Quijote*, el primer libro de Ortega —publicado en 1914—, encontramos la famosa fórmula que resume, en última condensación, su pensamiento: »Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo«<sup>8</sup>.

El primer *Yo* de la fórmula se refiere a la vida humana; el segundo, al hombre, al que cada uno de nosotros es, a cada cual, a lo que o al que, propiamente, podemos llamar yo.

La vida humana —designada por el primer *Yo*— abarca al hombre y a su circunstancia, contorno u orbe en que vive; es, pues, una realidad más amplia que aquellas que la componen; o, mejor, es el ámbito en que mi circunstancia y yo (yo, en sentido estricto) nos constituimos como tales.

Yo no soy mi vida sino sólo un ingrediente de ella; yo radico en mi vida, soy una realidad enraizada o radicada en ella. No hay que confundir, por tanto, al hombre que soy yo con mi vida. Esta última me incluye tanto a mí como a mi circunstancia.

<sup>4</sup> »Unas lecciones de metafísica«. Ed. Alianza. Madrid. 1966. 45, 46, 47. Precisiones sobre este *saberse* pueden encontrarse en la página 63 y ss. y, en general, en toda la tercera lección (Lo que va entre guiones en el último de los textos citados es mío).

<sup>5</sup> »El hombre y la gente«. O.C. VII. 101.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 100.

<sup>7</sup> »En torno a Galileo«. O.C. V. 30.

<sup>8</sup> O.C. I. 322.

Dice Ortega, a propósito de esto: »Yo no soy más que un ingrediente de mi vida: el otro, es la circunstancia o mundo. Mi vida, pues, contiene ambos dentro de sí, pero ella es una realidad distinta de mí. Yo *vivo*, y al vivir estoy en la circunstancia, la cual no soy yo. La realidad de mi yo es, pues, secundaria a la realidad integral que es mi vida«<sup>9</sup>.

Y no deje de sorprendernos que no sólo la 'vida de los otros', sino que también yo mismo y mi circunstancia seamos realidades secundarias respecto de mi vida —la realidad radical— en cuanto enraizamos en ella.

¿Qué es la circunstancia? ¿Quién soy yo? ¿Cuál es la consistencia de mi vida?

Como es obvio, no podemos responder con suficiencia estas preguntas. Sólo indicaremos hacia las realidades en ellas mencionadas.

b) Circunstancia, contorno, mundo, universo u orbe en el que el hombre vive —no entraremos, por ahora, a diferenciar el sentido de estos términos— es, por lo pronto, »una gran cosa, una inmensa cosa, de límites borrosos, que está lleno hasta los bordes de cosas menores, de lo que llamamos cosas y que solemos repartir en amplia y gruesa clasificación, diciendo que en el mundo hay minerales, vegetales, animales y hombres«<sup>10</sup>.

Esta 'gran cosa' —más precisamente, este »horizonte [...] de totalidad sobre las cosas y distinto de ellas«<sup>11</sup> — esta 'gran cosa', digo, llena de cosas menores —lo que propiamente podemos llamar cosas—, el mundo, es »el elemento extraño al hombre, foráneo, el 'fuera de sí', donde el hombre tiene que afanarse en ser«<sup>12</sup>.

El hombre no es alguien que, simplemente, es; por el contrario, tiene que *afanarse* en ser, porque el mundo en que, inexorablemente, vive es »siempre, más o menos, estorbo, negativo y hostil, en el mejor caso incoincidente« con el que cada cual quiere ser. Por eso, porque el mundo »nos oprime, comprime y reprime«, lo sentimos »como lo ajeno y fuera de nosotros, como lo *forastero*«<sup>13</sup>.

A lo anteriormente dicho hay que hacerle, por lo menos, las siguientes precisiones:

1. A lo que hay en la circunstancia —la Tierra, »el árbol, el animal, el mar o el río« — no se le puede llamar, hablando con rigor, 'cosas', dado el sentido que hoy tiene para nosotros esta palabra. Una 'cosa' significa algo que tiene

<sup>9</sup> »Unas lecciones de metafísica« . 103.

<sup>10</sup> »El hombre y la gente«. o.c. vii. 108, 109.

<sup>11</sup> 'Pidiendo un Goethe desde dentro'. o.c. iv. 404. En nota. No es el momento de detenerse en esta indicación que sólo tiene el papel de poner sobre la pista.

<sup>12</sup> »El hombre y la gente«. o.c. vii. 108.

<sup>13</sup> Ibid.

su propio ser, aparte de mí, aparte de lo que *sea para* el hombre<sup>14</sup>. Ocurre, sin embargo, que lo que hallamos en torno no tiene —originariamente, al menos, y esto es lo decisivo— la autarquía o independencia de la ‘cosa’. Todo lo contrario: »el mundo *en su realidad radical* —nótese lo que subrayo— es un conjunto de algos —no cosas— con los cuales yo, el hombre, puede o tiene que hacer esto o aquello<sup>15</sup>; primariamente, el mundo »es un conjunto de medios y estorbos, de facilidades y dificultades con que, para efectivamente vivir, me encuentro. Las cosas no son originariamente —nótese esta precisión— ‘cosas’, sino algo que procuro aprovechar o evitar a fin de vivir y vivir lo mejor posible —por tanto, aquello con que o de que me ocupo, con que actúo y opero, con que logro o no logro hacer lo que deseo; en suma, son asuntos en que ando constantemente. Y como hacer y ocuparse, tener asuntos se dice en griego *práctica, prâxis* —las cosas son radicalmente *prágmata* y mi relación con ellas *pragmática*«<sup>16</sup>.

En la descripción del nivel originario, primario o radical de la vida humana no debemos hablar de ‘cosas’ o tenemos que entender esta palabra como asuntos o *prágmata*.

Como ya se ha indicado, »una cosa, en cuanto *prâgma*, no es algo que existe por sí y sin tener que ver conmigo«. »Una cosa en cuanto *prâgma* es [...] algo que manipulo con determinada finalidad, que manejo o evito, con que tengo que contar o que tengo que descontar, es un instrumento o impedimento *para*. . . , un trabajo, un enser, un chisme, una deficiencia, una falta, una traba; en suma, es un asunto en que andar, algo que, más o menos, me importa, que me falta, que me sobra; por tanto, una *importancia*«<sup>17</sup>. A la pareja de palabras ‘asuntos, *prágmata*’ hay que agregar una tercera: importancias. El hombre vive, inmediata y regularmente, en un ámbito de asuntos, *prágmata* o importancias.

Es obvio, por lo ya dicho, llegar a lo siguiente: así como los asuntos o importancias no tienen un ser *por sí* sino que refieren y dependen —ya veremos, con más detalles, en qué preciso sentido— del hombre, éste, a su vez, está consignado a cuanto hay en su circunstancia o mundo, depende de ello para su bien o para su mal; todo le »es favorable o adverso, caricia o rozadura, halago o lesión, ser-

<sup>14</sup> *Ibid.*, 110.

<sup>15</sup> *Ibid.* (Lo que va entre guiones y el subrayado es mío).

<sup>16</sup> *Ibid.* (Lo que va entre guiones es mío). Ortega advierte a sus oyentes del curso sobre »El hombre y la gente« que, »no existiendo en nuestra lengua palabra que enuncie adecuadamente eso que las cosas nos son en nuestra vida, seguiré usando el término ‘cosa’ para que con menos innovaciones de léxico podamos entendernos« (O.C. VII. 117).

<sup>17</sup> *Ibid.*, 110, 111.

vicio o daño<sup>18</sup>. Hay una mutua referencia y dependencia entre el hombre y su circunstancia.

2. Aun cuando en el mundo haya —y, al parecer, esto es lo que principalmente hay— »estorbos, faltas, trabas, limitaciones, privaciones, tropiezos, obstrucciones, escollos, rémoras, obstáculos«, hay también, a la par, »instrumentos, útiles, enseres, medios que me sirven [...] para mis finalidades, aspiraciones, necesidades«<sup>19</sup>; en suma, al lado de la retahíla de dificultades que el mundo nos opone, encontramos también algunas facilidades.

Si no fuera así, si »el mundo no ofreciese al hombre sino puras dificultades [...], el hombre no podría alojarse en el mundo«, »estar en el mundo le sería imposible, es decir, [...] el hombre no existiría«<sup>20</sup>.

c) Ahora podemos pasar a ocuparnos de la segunda pregunta: ¿quién soy yo?

Lo expuesto sobre la circunstancia nos da desde ya una serie de indicaciones acerca de la contestación a esa interrogante.

Ya se ha dicho: »El Mundo es la maraña de asuntos o importancias en que el Hombre está, quiera o no, enredado«. De ahí, entonces, que el Hombre sea »el ser, que, quiera o no, se halla consignado a nadar en ese mar de asuntos y obligado sin remedio a que todo eso le importe«<sup>21</sup>.

El hombre es aquél que, al encontrarse viviendo, »se encuentra teniendo que habérselas con eso que hemos llamado contorno, circunstancia o mundo«<sup>22</sup>.

Este ser que se las ha con su mundo —es decir, que vive, puesto que vivir consiste, precisamente, en habérselas con el contorno— este ser, digo, es *primordialmente* un programa o proyecto vital. Este programa no es sino »lo que cada cual nombra cuando dice a toda hora: Yo«<sup>23</sup>.

Es el yo el que dirige mi vivir; soy yo el que doy *sentido* a mi vida al constituir su *argumento*. »Si recapacitan ustedes un poco —dice Ortega a los oyentes de sus lecciones sobre la técnica— hallarán que eso que llaman su vida no es sino el afán de realizar un determinado proyecto o programa de existencia. Y su 'yo', el de cada cual, no es sino ese programa imaginario. Todo lo que hacen ustedes lo hacen en servicio de ese programa. Y si están aquí ahora oyéndome es porque creen, de uno u otro modo, que hacer eso les sirve para llegar a ser,

<sup>18</sup> *Ibíd.*, 110.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, 117.

<sup>20</sup> »Meditación de la técnica«. O.C. v. 337.

<sup>21</sup> »El hombre y la gente«. O.C. vii. 116.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, 108.

<sup>23</sup> »Goya«. O.C. vii. 548.

íntima y socialmente, ese yo que cada uno de ustedes siente que debe ser, que quiere ser<sup>24</sup>.

Hombre, yo, afán de ser, programa de existencia, proyecto de vida: todas estas palabras apuntan a lo mismo, al que cada uno de nosotros es —o, más bien, quiere ser.

Junto a esas palabras tendríamos que poner, aclarando su significado, estas otras: vocación, personalidad, destino individual. De tal manera, precisaríamos lo que es el yo. Pero, ese proceder atentaría contra el carácter de extremo esquematismo que he querido imponer a estas *Notas*, al menos en ésta, su primera parte. Posponemos, por tanto, el tratamiento de las dimensiones del yo señaladas por las sugestivas palabras que hemos enumerado<sup>25</sup>.

El proyecto de vida no es mero pensamiento ni simplemente idea, aún cuando el pensar y las ideas intervengan en la constitución del programa de existencia. El siguiente ejemplo, puesto por Ortega, aclarará lo que queremos decir: »aunque el programa o proyecto de ser un gran financiero tiene que ser pensado en una idea, 'ser' ese proyecto no es ser esa 'idea'. Yo pienso sin dificultad esa idea y, sin embargo, estoy muy lejos de ser ese proyecto<sup>26</sup>. Mis pensamientos, mis ideas llegarán a constituirse en mi proyecto vital sólo en la medida en que, *efectivamente*, dirijan mi trato con el mundo, le den dirección y sentido, lo conformen o configuren.

El hombre entendido como programa de existencia no sólo no se identifica con su pensamiento y sus ideas sino que, tampoco se confunde ni con su cuerpo ni con su alma, psique, conciencia o espíritu. Cuerpo y psique forman parte de la circunstancia del hombre.

En efecto, el »mundo o circunstancia en que me encuentro sumido no es sólo el paisaje que me rodea sino también mi cuerpo y también mi alma. Yo no soy mi cuerpo, me encuentro con él y con él tengo que vivir, sea sano, sea enfermo; pero tampoco soy mi alma, también me encuentro con ella y tengo que usar de ella para vivir, aunque a veces me sirva mal porque tiene poca voluntad o ninguna memoria<sup>27</sup>.

Obviamente, mi cuerpo y mi psique tienen lugares preponderantes dentro de mi circunstancia: son los »mecanismos más próximos« que hallo junto a mí. Con ellos tengo que vivir, esto es, tengo que realizar, en el mundo que al nacer encuentro, el personaje imaginario, cierta individual figura de huma-

<sup>24</sup> »Meditación de la técnica« . o. c. v. 338.

<sup>25</sup> Quien se interese por el tema, puede consultar las siguientes obras de Ortega: 'Pidiendo un Goethe desde dentro' (o. c. iv), »Goya« (o. c. vii), »Velázquez« (o. c. viii), »Vives-Goethe« (o. c. ix).

<sup>26</sup> »Meditación de la técnica« . o. c. v. 338.

<sup>27</sup> Ibid., 339.

nidad, cierto peculiarísimo programa de vida *que constituye mi verdadero yo*<sup>28</sup>.

El cuerpo, una de las cosas más próximas »al hombre que existe«<sup>29</sup>, tiene, por lo pronto, una doble función 1° »Nuestro cuerpo hace que sean cuerpos todos los demás y que lo sea el mundo. Para lo que suele llamarse un 'espíritu puro', los cuerpos no existirían, porque no podría tropezar con ellos, sentir sus presiones y viceversa. No podría manejar las cosas, trasladarlas, conformarlas, triturarlas. El 'espíritu puro', pues, no puede tener vida humana«<sup>30</sup>.

Séa dicho de paso que, lo que se denomina materia y materialidad habría que concebirlo, más bien, como cuerpo y corporeidad, entendiendo al cuerpo tal como lo estamos haciendo, como aquello que »hace que sean cuerpos todos los demás y que lo sea el mundo«<sup>31</sup>.

2° »El cuerpo en que vivo infuso, recluso, hace de mí inexorablemente un personaje espacial. Me pone en un sitio y me excluye de los demás sitios. No me permite ser ubicuo. En cada instante me clava como un clavo en un lugar y me destierra del resto«<sup>32</sup>.

Explicar el dual papel que juega, por lo pronto, el cuerpo —lo que no es de este lugar— nos llevaría a comprender en qué preciso sentido el hombre *es* su cuerpo<sup>33</sup>.

En un texto sobre Vives distingue Ortega el yo de la psique, aludiendo, al mismo tiempo, a la función de ésta en nuestra vida; »eso que llamamos nuestro 'yo' —dice— y que es el protagonista en el drama de cada vida no es el alma. El alma es solo un aparato inmaterial, psíquico, con el cual vivimos, como vivimos con nuestro cuerpo y con las cosas que nos rodean y de que hacemos utensilios para nuestra vida; el alma es nuestra máquina de pensar, con sus ruedecitas que llamamos sensación, memoria, entendimiento, y es nuestro automóvil para obrar, con su motor que llamamos voluntad, que quiere esto o aquello, que no quiere ni esto ni aquello; automóvil que, a la postre, funciona merced a esa máquina de preferir que todos llevamos dentro y que simbolizamos en un como relojito de carne que está visceralmente al lado izquierdo de nuestro cuerpo (que constantemente está prefiriendo una cosa a otra, desdeñando la una y enamorado de la otra) con su incansable y patético tic-tac, tic-tac. ¡Nuestro

<sup>28</sup> »Velázquez« . o.c. viii. 467, 468.

<sup>29</sup> »El hombre y la gente« . o.c. vii. 125.

<sup>30</sup> Ibid.

<sup>31</sup> Acerca de lo que entiende Ortega por materia, véase, »Meditaciones del Quijote« (o.c. i. 321), 'Pleamar filosófica' (o.c. iii. 347), »Origen y epílogo de la filosofía« (o.c. ix. 385), 'Comentario al *Banquete* de Platón' (o.c. ix. 769).

<sup>32</sup> »El hombre y la gente« . o.c. vii. 125.

<sup>33</sup> Ibid.



corazón, la máquina de preferir!<sup>34</sup>. Yo soy, reitero, un proyecto vital, un programa de existencia. Para constituirme como tal —y para realizarme en el mundo— echo mano de mi psique, la utilizo pero, no soy ella.

Hechas las anteriores distinciones, insistamos en la peculiar dependencia de los algos que hay en nuestra circunstancia respecto del yo que cada cual es.

La »condición primaria« de esos algos, según Ortega, »consiste [...] en servirnos *para* o impedirnos *para*«<sup>35</sup>. El carácter de servicialidad o de impedimento, ¿de dónde le adviene a algo? Es claro que del yo en cuya circunstancia está ese algo. Sólo en función de nuestro proyecto vital, de nuestro programa de existencia o pretensión »es algo facilidad o dificultad«<sup>36</sup>. De esta manera, nos encontramos con que, por ejemplo, »no es lo mismo el mundo para un comerciante que para un poeta; donde éste tropieza aquél nada a sabor, lo que a éste repugna a aquél le regocija«<sup>37</sup>. Estas diferencias de mundo se explican, por tanto, a partir de los diferentes proyectos de existencia que orientan y dan sentido a la vida del poeta, en un caso, a la del comerciante, en el otro.

Aunque —según hemos dicho hasta ahora— el hombre sea primordialmente su yo, es preciso afirmar, al radicalizar nuestra visión de lo que efectivamente hay, que a la postre —o ante todo— su ser reside en su vida. Es lo que señala Ortega en *En torno a Galileo* —»el hombre es primariamente su vida«<sup>38</sup>—, en *Historia como sistema* —»el hombre [...] es [...] su vida«<sup>39</sup>— y en otros lugares de su obra.

Teniendo presente que el ser del hombre reside, al fin y al cabo —o en primer lugar— en su vivir, estamos en condiciones de afirmar también que éste; su ser, no puede interpretarse como una cosa. Habíamos dicho que cosa es algo que tiene su propio ser, que es *por sí*<sup>40</sup>. Hay, sin embargo, otra dimensión de lo que se denomina cosa que es preciso hacer resaltar en este momento: »A todo aquello cuyo modo de ser consiste en ser lo que ya es y en el cual, por tanto, coincide, desde luego su potencialidad con su realidad —lo que puede ser con lo que, en efecto, es ya— llamamos cosa. La cosa tiene su ser dado ya y logrado«<sup>41</sup>. El astro, por ejemplo —a primera vista, al menos, y sin entrar en consideraciones más radicales— »es lo que ya es, ni más ni menos«. No ocurre lo mismo con el hombre, »ente cuyo ser consiste, no en lo que ya es, sino en

<sup>34</sup> »Vives-Goethe«. o.c. ix. 513.

<sup>35</sup> »El hombre y la gente«. o.c. vii. 128. En nota.

<sup>36</sup> »Meditación de la técnica«. o.c. v. 340.

<sup>37</sup> *Ibid.*

<sup>38</sup> o.c. v. 46.

<sup>39</sup> o.c. vi. 32.

<sup>40</sup> »El hombre y la gente«. o.c. vii. 110, 111.

<sup>41</sup> »Meditación de la técnica«. o.c. v. 339.

lo que aún no es, un ser que consiste en aún no ser<sup>42</sup>. Lo que el hombre »aún no es« —es decir, su ser— es su vida en cuanto aún no se realiza, en cuanto posibilidad.

La concepción del hombre que hallamos en Ortega pone el acento en el futuro —aquello que aún el hombre no es pero pretende ser— sin desconocer el pasado —lo que el hombre *ya es*. El pasado es, precisamente, la dimensión de cosa del hombre. »Si hablamos de *ser* en el sentido tradicional, como *ser ya* lo que se es, [...] tendremos que decir que lo único que el hombre tiene de ser [...] es lo que ha sido. El pasado es [...] lo que el hombre »tiene de cosa«<sup>43</sup>.

El hombre no puede entenderse desde el concepto de cosa no sólo en cuanto, en última instancia, su ser reside en su vida sino que, también, en cuanto es un proyecto vital.

La determinación fundamental de lo que la tradición filosófica llama cosa es su identidad, su ser, en el fondo, siempre lo mismo. Este atributo fundamental implica que el ser de la cosa sea »fijo, estático, previo y dado«<sup>44</sup>.

El programa vital que es el yo de cada hombre es elegido »entre diversas posibilidades de ser que en cada instante se abren ante él«<sup>45</sup>. Estas posibilidades —desde y en las cuales me constituyo como lo que soy, a saber, como un peculiar programa de existencia— no me son regaladas —por tanto, *no son previas en mí ni dadas*— »sino que tengo que inventármelas, sea originalmente, sea por recepción de los demás hombres, incluso en el ámbito de mi vida. Invento proyectos de hacer y de ser en vista de las circunstancias. Esto es lo único que encuentro y que me es dado: la circunstancia. Se olvida demasiado que el hombre es imposible sin imaginación, sin la capacidad de inventarse una figura de vida, de 'idear' el personaje que va a ser. El hombre es novelista de sí mismo, original o plagiario«<sup>46</sup>.

Podría pensarse que, en la medida en que mi proyecto vital se constituye desde y en posibilidades que recibo *de los demás hombres*, mi programa de existencia es previo y dado. Aun cuando pensar así —siempre que se precise suficientemente la idea— no sea desacertado, es necesario reparar —y esto lo exige el nivel de teoría en que en este momento nos movemos— en que esa *re-*

<sup>42</sup> *Ibid.* A la postre, tampoco el astro es una cosa. Téngase presente que el astro está en mi circunstancia y que en ella, en un nivel originario, radical, no hay cosas en el sentido tradicional de la palabra.

<sup>43</sup> »Historia como sistema«. O.C. VI. 39.

<sup>44</sup> *Ibid.*, 30.

<sup>45</sup> *Ibid.*, 34.

<sup>46</sup> *Ibid.* Con dos notas complementa Ortega el texto citado. La primera dice: »Véase, del autor, *Meditaciones del Quijote*, 1914. Ya en este viejo libro mío se sugiere que yo no soy más que un ingrediente de esa realidad radical 'mi vida', cuyo otro ingrediente es la circunstancia«. La segunda: »Recuérdese que los estoicos hablaban de una 'imaginación de sí mismo' «.

*cepción* es algo que tengo que *hacer* —con mayor o menor esfuerzo— para poseerme de algo que *ni había en mí previamente ni se me había dado* sin más ni más.

Mi proyecto vital no es, tampoco, fijo, estático sino, cambiante, variable. Su variación es descrita así por Ortega: »El hombre se inventa un programa de vida, una figura estática de ser, que responde satisfactoriamente a las dificultades que la circunstancia le plantea. Ensayo esa figura de vida, intenta realizar ese personaje imaginario que ha resuelto ser. Se embarca ilusionado en ese ensayo y hace a fondo la experiencia de él. Esto quiere decir que llega a *creer* profundamente que ese personaje es su verdadero ser. Pero al experimentarlo aparecen sus insuficiencias, los límites de ese programa vital. No resuelve todas las dificultades y produce otras nuevas. La figura de vida apareció primero de frente, por su faz luminosa: por eso fue ilusión, entusiasmo, la delicia de la promesa. Luego se ve su limitación, su espalda. Entonces el hombre idea otro programa vital. Pero este segundo programa es conformado, no sólo en vista de la circunstancia, sino en vista también del primero. Se procura que el nuevo proyecto evite los inconvenientes del primero. Por tanto, en el segundo sigue actuando el primero, que es conservado para ser evitado. Inexorablemente, el hombre evita el ser lo que fue. Al segundo proyecto de ser, a la segunda experiencia a fondo, sucede una tercera, forjada en vista de la segunda y la primera, y así sucesivamente. El hombre 'va siendo' y 'des-siendo' —viviendo«<sup>47</sup>.

d) El vivir es nombrado dos veces en la frase »yo soy yo y mi circunstancia«. El primer *yo* y la *y* se refieren a lo mismo: a mi vida.

En las consideraciones anteriores ha estado constantemente presente la vida humana; lo ha estado como fondo sobre el cual se ha dicho lo que hemos expresado acerca del proyecto vital y del mundo. Sólo porque hemos tenido ante la vista el vivir en su integridad —ya sea en primer o en segundo plano—, pudimos destacar ante la mirada los dos ingredientes que la constituyen.

Mi vida es aquello donde nos concretamos yo y mi circunstancia. Tanto el yo como la circunstancia, tomados separadamente el uno de la otra, son lo abstracto frente a la vida por la sencilla razón de que son sólo partes de ella. En efecto, »la parte es siempre un pedazo separado o abstracto de la cosa entera«<sup>48</sup>. La 'cosa entera' en este caso es, precisamente, la vida humana. Es, pues, mi vida

<sup>47</sup> Ibid., 40, 41. Aunque quizá esté demás, por lo obvio, advierto que lo dicho sobre las 'relaciones' entre cosa, por un lado, y circunstancia, proyecto vital y vida, por otro, tiene que tomarse como simples indicaciones necesitadas de desarrollo. Dejo para otra oportunidad la tarea de dilucidar más amplia y demoradamente, y no a la carrera como en estas páginas, tales 'relaciones'.

<sup>48</sup> 'Antitópicos'. o.c. xi. 149 (El subrayado es mío).

*lo concreto*, aquello donde crecen<sup>49</sup>, conjuntamente, el yo y la circunstancia, es decir, todo lo que hay.

»Vivir es [...] para el hombre tener que habérselas —en los sentidos más diferentes de la expresión—, tener que habérselas con el mundo en torno<sup>50</sup>.

Este obligado habérselas del hombre con sus asuntos se escinde, por lo pronto, en una doble vertiente: lo que hacemos y lo que nos pasa.

Eso que hacemos y que nos pasa constituye el acontecimiento, el drama que es nuestro vivir. Nuestra próxima tarea, por tanto, tendría que apuntar hacia la dilucidación de la consistencia del acontecer dramático que es nuestra vida —la de cada cual.

<sup>49</sup>Véase, acerca del significado de 'concreto', J. Corominas, *Diccionario Etimológico* (abreviado), Ed. Gredos, Madrid, Segunda edición, p. 164.

<sup>50</sup>»Vives-Goethe«. o.c. IX. 512.